



# EL SEPTIMAZO

Larios Manrique

 I.A. Editor

# EL SEPTIMAZO / Larios Manrique



© 2020, I.A. Editor, USA  
672 Pratt Corner Rd., Shutesbury, MA, USA  
Diseño y edición: Inés Arrubla  
Todos los derechos reservados

---

# EL SEPTIMAZO

## §1

*Edificio Antares, ala occidental del cuarto nivel de la torre de oficinas, subgerencia de Casa Editorial. Hacia el final de la mañana, el ingeniero Leo Buelvas, subgerente, y el relacionista Ventanero, conversan despreocupadamente. Entra apresurado Anedonio, director artístico.*

ANEDONIO, *a Ventanero*. —Préstame mil barras, rápido.

VENTANERO, *llevándose la mano al bolsillo, parsimonioso*. —¿Qué es la prisa, hombre?

ANEDONIO. —Esta maldita vieja que no me dejó ni para el taxi.

VENTANERO. —¿Cuál vieja?

ANEDONIO. —¿Cuál va ser? (*Sarcástico*) La señora Benigna. Me vació la billetera. Apenas ahora, cuando fui a pagar el taxi, me di cuenta. (*Recibe el dinero. Saliendo*) Un día de estos me va a hacer matar de un taxista.

LEO. —Conque la mujer lo bolsillea.

VENTANERO. —Sí. El hombre está casado con una tumbadora. Tiene a Bogotá sembrada de cheques chimbos. Un día en la librería Gran Colombia le cambiaron un cheque por inadvertencia, y Andonoff le dijo a

la cajera: No lo vaya a poner junto con las letras, que las preña.

LEO. —¿Ella no es de los Castaño de la televisión, una gente muy influyente?

VENTANERO. —Eso creía Anedonio, pero los Castaño no son sino buche y pluma. Él ya tomó nota de que no puede contar con ellos. No hace más que pensar en palancas. Lee todos los días el periódico mirando a ver qué amigo fue nombrado en algún alto cargo. Pero, como él dice, los amigos que se vuelven importantes dejan de pasarle al teléfono y no vuelven por la Gran Colombia.

LEO. —¿No le basta con el puesto aquí?

VENTANERO. —No. Cada vez se siente más inseguro. Un día nos encontramos con el gerente, que nos saludó de paso. No te imaginas las cavilaciones de Anedonio. Que por qué Israel miraría de tal modo. Estuvo varios días interpretando la forma en que había levantado una ceja. Que si no sería que el señor Higuera lo había autorizado para que nos botara.

LEO, *adusto*. —Este país es una cosa muy verraca. ¿Conque esos son las cosas que ocupan la mente de Anedonio? ¡Antes volvió a escribir!

*Regresa Anedonio, exasperado.*

ANEDONIO. —¿Como les parece el consejo de Berta? Que nos tienen acoyundados, que gemimos bajo la bota de Israel como los palestinos. Que una renuncia sería muy oportuna, a ver si se precipita una crisis.

*Leo y Ventanero cambian una mirada de inteligencia.*

LEO. —Sí. Una propuesta dudosa.

ANEDONIO. —Dudosa no, descabellada. ¡Qué bruta! Hablar de renuncias en un país donde todo el que tiene un empleo corre el riesgo de que le manden un sicario.

LEO. —Tampoco exageres, Anedonio.

ANEDONIO, *escandalizado*. —¿Qué yo exagero? No, mi querido amigo. Oigan lo que le pasó a un médico del Seguro Social. Estaba en su auto esperando el cambio de semáforo cuando se le acercó un motociclista, revólver en mano, y le dijo (*aprieta los dientes, tono siniestro*): “Lo

siento, mi doctor. Otro médico necesita la vacante”. Fue lo último que oyó antes de que le volaran los sesos.

VENTANERO. —¿Tú crees esa historia, Anedonio?

LEO, *burlón*. —Seguramente la oyó en la Gran Colombia.

ANEDONIO. —¡Oigan a estos! ¿Ustedes creen que lo del sicariato es paja? ¿Sabén quiénes hacen ahora los lanzamientos en Medellín? Los muchachos de Pablo, en sus ratos libres. ¿Y saben cómo salen los inquilinos? Con los pies por delante. Sí, señores.

LEO. —Piensa en esto, Anedonio. Si al médico ese le volaron los sesos, ¿cómo se supo lo que dijo el sicario?

VENTANERO (*recita*): —“Y a mí, hijo del rey, me cortó la cabeza”.

ANEDONIO. —El mismo sicario debió de haber llamado a un periódico. Es como los terroristas, que no dan un paso sin ponerse en contacto con la prensa. ¿Por qué creen ustedes que pelean los terroristas?

VENTANERO. —El problema con ese tipo de historias es que no hay nada que hacer con el que quiere creerlas.

LEO. —Sí, nada que hacer. Viéndolo bien, no deberíamos rechazar con ligereza los consejos de Berta. En las últimas crisis, ha propuesto fórmulas que nos han sacado del atolladero. Eso no deberíamos olvidarlo.

VENTANERO. —Sí. Berta lleva razón en un punto. Una renuncia motivada podría producir una crisis muy saludable. Digamos, una renuncia centrada en las arbitrariedades de Pregonero. Sin mencionar para nada a Archila.

LEO. —Sí, sin meterse con la eminencia gris. Lástima que yo no tenga muchas opciones. A mi nivel ocupacional, son pocos los cargos editoriales disponibles.

VENTANERO. —Mi caso es peor. Comparados conmigo, ustedes son unos muchachos. Yo ya estoy fuera del mercado de trabajo. ¿Quién me va a dar puesto a mi edad?

ANEDONIO. —Eso no es cierto. Tú eres amigo de Belisario. No salió bien librado, pero los expresidentes tienen mucha palanca.

VENTANERO. —La palanca de Belisario está muy gastada. El hombre es amigo de medio país. Todos los vendedores de enciclopedias cargan fotos retratados con él.

LEO. —Es verdad. (*Suspira*) Nuestras chances son mínimas.

VENTANERO. —Sí. Mínimas.

*Leo y Ventanero se hunden en un profundo silencio.*

ANEDONIO, *de pronto*. —Ah, ya caigo. Ustedes no pueden renunciar, pero yo sí, ¿no es cierto? Claro, como yo soy el trompo puchador, el que paga los miletes.

LEO. —¿Quién te está pidiendo que pagues los miletes por nadie? Simplemente, decíamos que sería bueno que alguien renunciara, y lamentábamos no estar en condiciones de hacerlo.

ANEDONIO. —Pero yo sí, ¿verdad? Como tengo casa y cuatro centavos ahorrados.

VENTANERO, *campechano*. —Y finquita en Melgar.

ANEDONIO. —Ni es finca, ni está en Melgar. Un arenero en Carmen de Apicalá, lleno de garrapatas, que le recibí al doctor Iván Ocampo por una deuda. ¿Qué hacía? Una platica que se me estaba ahogando.

LEO. —Pues sí, hombre. Del abogado el sombrero.

VENTANERO. —Claro que las catedritas en los Andes siempre ayudan.

ANEDONIO. —Ah, y como tengo unas cátedras no sólo puedo, sino que debo tirar el puesto. (*De pronto, muy serio*) Okey. Vale. Voy a renunciar.

LEO, *sorprendido*. —¿Vas a renunciar?

VENTANERO, *igualmente sorprendido*. —¿De verdad, hombre?

ANEDONIO. —Sí, mis queridos amigos. Como lo oyen. Voy a conjugar el verbo renunciar en primera persona. (*Marcando las sílabas*) Yo re-nun-cio.

LEO, *con tono grave*. —¿Así que renuncias?

ANEDONIO, *cesando de simular*. —Sí, claro. Voy a renunciar para darles

gusto a ustedes. Voy a renunciar para vivir de los puestos ad honórem que se consigue mi distinguida esposa. Voy a renunciar para vivir de las cátedras en los Andes. ¿Saben cuánto pagan en los Andes por cátedra- semestre? ¿Quieren que les diga esa cifra vergonzosa?

LEO. —Para qué, si te da pena.

VENTANERO. —Allá trabaja la gente por el honor.

*Un silencio. Anedonio se revuelve incómodo en el asiento.*

ANEDONIO, *en tono menor*. —Yo no tengo vocación de mártir.

*Ventanero ahoga la risa, pero algo se oye.*

ANEDONIO, *furioso*. —Esto va en serio. Yo sí renuncio. Más aún, renuncio irrevocablemente. (*Los otros lo miran, esperan*) Pero después de que lo haga Ventanero.

LEO, *riendo a trompicones*. —Nunca, mejor dicho.

*Desde la calle 28, cerca del Museo Nacional, Anedonio y Ventanero caminan hacia el centro de la ciudad por la carrera Séptima, acompañados por Sabatiel, joven mensajero.*

VENTANERO. —Viéndolo bien, hombre Anedonio, creo que deberíamos dejar de lamentarnos por tener de gerente a Israel Pregonero más bien que a nuestro amigo, el ingeniero Leo Buelvas. Leíto es un tipo muy inteligente, con sus habilidades literarias y una larga trayectoria de izquierda. Y con una gran experiencia en el campo de los libros, comoquiera que fue director de una casa editora e impresora. Pero entre los intelectuales de izquierda pasan cosas muy raras. Un día nos emborrachamos y se fue de la lengua. Que este país lo que estaba necesitando era una reconversión industrial radical y completa. La automatización y la modernización tecnológica tenían que ser el eje de ese cambio. En el campo editorial, por ejemplo, había unos programas de computador que venían con todo listo: la composición de textos, la diagramación, todo. Que los textos se hacían levantar a destajo, se convertían en documentos digitales y se podían mandar a imprimir a la Cochinchina o cualquier

otro lugar. Se puso lírico, hay que ver cómo le brillaban los ojos. Que para la encuadernación se contrataban trabajadoras a domicilio, como en las confecciones. Todo lo que se necesitaba era una oficinita. Mejor dicho, nada de líos con imprentas; nada de grandes cargas laborales, cesantías, incapacidades y jubilaciones; nada de instalaciones, nada de empresa.

ANEDONIO, *impresionado*. —¿Así es la cosa?

VENTANERO. —El hombre es muy simpático y yo lo quiero mucho. Pero es un fanático de la automatización y la reconversión tecnológica. Si por él fuera, nos sacaría a todos y por último suprimiría su propio cargo.

*Siempre caminando en dirección sur por aceras llenas de gente, se aproximan al centro de la ciudad. Al pasar junto a un puesto de ventas callejero, Ventanero le entrega un dinero a Sabatiel, que va al puesto de ventas. Más adelante Sabatiel les da alcance con un trotecito y le entrega a Ventanero una cajetilla de cigarrillos.*

ANEDONIO, *manteniendo la vista al frente*. —No hay pícaro sin lacayo.

*Un lotero empieza a asediarlos por el lado más externo de la acera. Con el brazo casi rozando el rostro de Sabatiel, el lotero sacude el fajo de billetes de lotería en dirección de Ventanero, que camina en la mitad del grupo.*

VENTANERO, *al lotero, sin mirarlo*. —Ya compré.

LOTERO. —Doctor, es el número de la fecha.

*El lotero sigue sacudiendo los billetes muy cerca del rostro de Ventanero. De pronto, éste se desplaza por detrás de Anedonio, corre a éste con el codo y se coloca en la parte más alejada de la calzada. El lotero no se inmuta por el enroque y agita ahora los billetes ante al rostro de Anedonio.*

LOTERO. —El número de la fecha.

ANEDONIO, *volviéndose a medias*. —Yo también compré ya.

LOTERO. —Mire, el 19.

ANEDONIO. —Gracias, amigo. Pero ya compré.



LOTERO. —¿Terminado en 19?

ANEDONIO. —Precisamente ese número. Yo siempre encargo el número de la fecha.

LOTERO. —Perdóneme, doctor, pero no le creo.

ANEDONIO, *divertido, a Ventanero*. —¿Sí oyes? Dizque no me cree. (*Mira al lotero*) Ya le dije. Ese mismo número.

LOTERO, *da un paso hacia el interior de la acera, colocándose casi al frente de Anedonio*. —¿Conque compró este mismo número? Muestre a ver.

*Después de un momento de asombro, Anedonio ríe jovialmente.*

ANEDONIO. —¡Vean a este! (*Con desenvoltura*) Ya compré, y lo dejé en la casa. Otra vez será, amigo.

*El rostro del lotero se apaga, el brazo con los billetes de lotería cuelga laxo. Entrecerrando los ojos y meneando suavemente la cabeza, el lotero mira de hito en hito a Anedonio con aire de profundo reproche.*

ANEDONIO. —Está bien, hombre. Te lo voy a comprar. Dame dos fracciones. (*Empieza a llevarse la mano al bolsillo, se detiene*) Verdad que estoy sin blanca. Préstame dos mil más, Ventanero.

*Ventanero sonríe con una mueca. Empieza a rebuscar en los bolsillos.*

LOTERO, *mirando a Ventanero*. —Ahora dirá el doctor que dejó el dinero en la casa.

*Hecha la venta, el lotero se aleja silbando.*

ANEDONIO. —¡Qué ciudad tan desapacible! Cada vez se parece más a un bazar oriental.

VENTANERO. —Eso tiene su poesía. ¿Recuerdas ‘El Sueño de las Escalinatas’, de Zalamea? Fue profético. Una verdadera premonición de lo que iban a ser nuestras ciudades. Como lo parodiaba Darío Mesa: ‘Crece, crece la audiencia. ¡Que venga el roñoso! ¡Que venga el sarnoso! ¡Que venga el caratoso!’

MUJER, *gritando a lo lejos*. —¡Cójnlo! ¡Cójnlo!

ANEDONIO. —¿Si oyes? Seguramente le acuchillaron al marido.

VENTANERO. —Deja de ser tremendista, hombre.

ANEDONIO. —Según estadísticas, nuestras ciudades son las más peligrosas del mundo después de Beirut. Deberíamos adoptar el saludo de los Achuar, una tribu del Amazonas. “Pujamik”, mi querida señora. “Pujamik”, apreciado señor. “Pujamik”, amigo Ventanero.

VENTANERO. —¿Qué significa?

ANEDONIO. —“¿Sigues vivo?” Los Achuar son la gente más violenta del mundo, pero los colombianos no les vamos a la zaga.

VENTANERO. —A este país lo que le hacen es muy mala prensa. Se pregonan los males, pero no los avances.

ANEDONIO. —Como el avance de la tasa de homicidios, que hace diez años era la séptima causa de muertes y hoy es la primera.

VENTANERO. —Esos datos lo único que demuestran es que aquí estamos al día en estadísticas.

*Se detienen en un cruce de calles. Ventanero señala un perro callejero que ha venido a pararse al lado de ellos.*

VENTANERO. —Está esperando la luz para peatones. Estos perros están completamente culturizados.

*Llegan al cruce de la Avenida IQ. Sentada en la acera, una pordiosera llora ruidosa y desconsoladamente. Ventanero, malicioso, mira a Anedonio, que evita mirar a la mujer.*

VENTANERO. —La misma de todos los días. Prepárate para taparte los oídos. *(Alto, a la mujer)* ¿Qué hubo, señora? ¿Todavía está llorando?

*La mujer cesa al punto de llorar. Abre la boca y empieza a soltar sapos y culebras. Se alejan de prisa, cruzan la Avenida IQ. En la esquina de la avenida, frente a una pared con una galería de pinturas, una nube de vendedores ofrecen por toda mercancía los mismos paqueticos marrones. Algunos los agitan al paso de los viandantes, otros los exponen sobre plásticos extendidos en el piso, otros más los apilan formando torres. Todos vocean el mismo pregón.*

VENDEDORES. —¡Cocosette, tres por cien! ¡Cocosette!

ANEDONIO. —¿Alguna vez has comprado cocosette?

VENTANERO. —No.

ANEDONIO. —¿Sabes al menos qué es el cocosette?

VENTANERO. —Alguna carajada para comer, supongo.

SABATIEL. —Yo sé qué es el cocosette, doctor Santos.

ANEDONIO. —No, Sabatiel. Yo quería era chequear a Ventanero. A ver si él tenía la misma ignorancia que yo.

VENTANERO. —A mí el cocosette me hace pensar en la inflación. Todavía tengo el grito en la memoria: *(en voz alta, en el mismo tono que los vendedores)* ¡Cocosette, tres por veinte! ¡Cocosette!

*Un vendedor, mosqueado, mira a Ventanero; luego grita con especiales bríos:*

VENDEDOR. —¡Cocosette, tres por cien! ¡Cocosette!

VENTANERO, *siempre en voz alta.* —¡Cocosette, tres por veinte! *(A Anedonio)* ¿Qué pasa? ¿Por qué te ensombreciste?

ANEDONIO. —Tú siempre mamas gallo con estas cosas, que a mí me deprimen.

VENTANERO. —Tienes razón. En diez años, a tres por cien. ¡Qué inflación tan verraca!

ANEDONIO. —Yo no hablo de la inflación. Me refiero al cocosette como símbolo. ¿No te parece muy triste, hombre, que medio país viva de vender chucherías que nosotros ni siquiera conocemos?

VENTANERO. —Si quieres, me devuelvo y compro.

ANEDONIO. —Los problemas no se resuelven en esa forma. Tú no sólo careces de sensibilidad social sino que olvidaste el marxismo.

*Ventanero entrega unos recibos y un dinero a Sabatiel y lo despide. Pasan al costado occidental de la Séptima. Metros adelante de la*

*librería Tercer Mundo, casi al frente del Edificio de Avianca, un payaso en mitad de la acera hace propaganda de viva voz al 'Parrillero', un asadero de carnes.*

VENTANERO. —Ven, almorcemos aquí.

ANEDONIO. —¿Dónde?

VENTANERO. —En el 'Parrillero', al fondo de ese corredor.

ANEDONIO. —Una cueva más bien deprimente. Y con payaso en la puerta, ¡qué horror!

VENTANERO. —Yo he venido varias veces. La comida es muy buena. Yo te invito.

*Anedonio vacila, mira a todos lados como examinando el territorio. A la altura de la puerta del restaurante, un vagabundo ennegrecido por la mugre está sentado en el bordillo de la acera. Frente a él, en plena calzada, un perro yace inerte.*

ANEDONIO. —Hoy también se me puede atragantar el almuercito.

VENTANERO. —¿Cómo así, hombre?

ANEDONIO, *asqueado*. —Ayer estuve almorzando en el 'Restaurante Internacional', y habían botado en la acera un montón de ratas destripadas, grandes como gatos.

VENTANERO. —Menos mal las botaron, hombre. ¿Qué tal que se las hubieran echado de garra a los frisoles?

ANEDONIO. —Y ahora ese perro muerto.

*Anedonio, de mala gana, entra al restaurante con Ventanero y ocupan una mesa. Un muchacho viene a tomar el pedido.*

VENTANERO. —Para mí huesos de carnero. (*A Anedonio*) Te los recomiendo. Son la especialidad de la casa.

ANEDONIO. —¿Te acuerdas de un asadero aquí cerca que vendía carne de perro haciéndola pasar por carnero? Cuando lo denunciaron, el dueño dijo: Son carneros, aunque ladren. —Yo prefiero carnes que yo distingua. Pescado o pollo. (*Al muchacho*) Para mí, pescado.

VENTANERO —¿Con qué vienen los huesos de carnero?

MUCHACHO. —Todo viene con guarnición de papa y yuca.

VENTANERO. —A mí la papa me la cambias por una porción de arroz.

ANEDONIO. —A mí tampoco me traigas papa. Sólo yuca. Doble ración de yuca.

MUCHACHO. —¿Cómo es, entonces?

VENTANERO. —Muy sencillo. A él le traes yuca, y a mí la papa me la cambias por arroz. Ah, y que no me vayan a echar salsa de pobre.

ANEDONIO. —¿Cuál es la salsa de pobre?

VENTANERO, *con gesto de fastidio*. —Un hogao amarillo con sabor a sancochería, que le echan encima a la guarnición.

ANEDONIO. —Que a mí tampoco me echen esa salsa.

VENTANERO. —Yo siempre advierto lo de la salsa, pero se les olvida. *(Al muchacho, que empezaba a alejarse)* ¡Hey! Para que nos evitemos problemas, mejor no me traigas yuca. Cámbiamela por un huevo.

ANEDONIO. —Y a mí me traes una porción de yuca, no dos. Y arroz.

MUCHACHO, *confundido*. —A ver. Repítanme el pedido.

VENTANERO. —Estos muchachos viven en las nubes. A mí me traes huevo con arroz. Un arroz a caballo, como quien dice. Y al señor, papa y arroz.

*El muchacho se aleja. Anedonio reacciona tarde.*

ANEDONIO, *grita*. —¡No! ¡Yo no quiero papa!

*El muchacho ya no lo oye. Un rato después, Anedonio y Ventanero salen del restaurante y continúan caminando por la Séptima, en dirección sur. Metros adelante, el perro que yacía en la calzada, aparentemente atropellado por un carro, camina detrás del vagabundo mugriento.*

ANEDONIO, *sorprendido*. —¡Ve! No estaba muerto.

VENTANERO. —¡No te digo! Y tú que casi no comiste, de asco.

ANEDONIO. —Me quedó doliendo el estómago. Esos huesos que pediste parecían de perro.

*En el cruce de la Avenida Jiménez, siempre sobre la Séptima, el perro del vagabundo se retrasa y camina al lado de ellos.*

JOVEN, *a Ventanero, señalando al perro.* —Oiga, señor. ¿Usted es el dueño del perro?

VENTANERO. —¿Por qué, hombre?

JOVEN. —Pa' que compre una calcomanía y se la ponga.

VENTANERO, *entre asombrado y divertido.* —¿Una calcomanía para perros?

JOVEN. —Con el tricolor nacional. Pa' que se sepa que es colombiano.

VENTANERO. —¿Usted cree que lo pueden confundir con un pastor alemán?

JOVEN, *después de un leve desconcierto.* —¿Entonces, ¿me la compra?

VENTANERO. —¿Quién va a confundir a este animal, hombre? ¿No está viendo que es una chanda?

ANEDONIO, *una vez han dejado atrás al vendedor de calcomanías.*

—Hay que ver las cosas que se inventa esta pobre gente para sobrevivir. Yo no hubiera sido capaz de mamarle gallo.

VENTANERO. —Yo no le mamé gallo.

ANEDONIO. —Sí. Le mamaste gallo. (*Muy serio*) Ahora sí es cierto que voy a renunciar a la editorial. (*Hace una pausa*). Para venir a ayudarle a ese a vender calcomanías para perros.

### § 3

*Anedonio y Ventanero continúan hasta la calle 13. Allí, con la Catedral Primada de Colombia y el Capitolio Nacional como fondo, se separan. Más tarde Anedonio, de regreso hacia el norte sin la compañía de Ventanero, llega al edificio sur de las Torres del Parque donde funciona, en la*

*primera planta, la distribuidora de libros de Enrique Linares. Allí se reúne con Enrique y con Luisa, vendedora de la distribuidora. Platican sobre coediciones.*

ANEDONIO, *apartando las humaredas que le llegan desde todos lados.*  
—Y este es un proyecto para la reedición del libro de Urrutia sobre la distribución del ingreso. Salvo algunos pequeños cambios, es la misma idea de la primera edición: un billete del Banco de la República pegado, nuevecito.

LUISA. —Están pisando el código criminal. Usar billetes para fines no monetarios es un delito.

ANEDONIO. —Tenemos la carta de Urrutia en que proponía el uso de los billetes. Urrutia es un personaje importantísimo. Si hubiera lío, tendríamos una gran publicidad.

ENRIQUE. —Adelante con la carátula. ¿Te provoca un café?

ANEDONIO. —No, ando con cólicos.

LUISA. —Eso son parásitos.

ENRIQUE. —A propósito de parásitos. Por aquí vienen a menudo los Lectores, de paso para el Bosque Izquierdo.

ANEDONIO. —¿Cómo? ¿Para dónde?

ENRIQUE. —Para el consultorio de Archila. A masoquiar. Que desde afuera se oyen los quejidos.

ANEDONIO. —¡No lo puedo creer!

LUISA. —No hagas caso. Esas con antioqueñadas de Enrique.

ENRIQUE. —¿Sí? (*Llamando*) ¡Vicky! (*Una morena exuberante aparece en la puerta de la oficina*) ¿Adónde van los Lectores de la Editorial cuando vienen por aquí de paso?

VICKY. —Al consultorio del doctor Archila.

ENRIQUE. —¿Y allá qué les hacen?

VICKY. —Les pegan. Desde los corredores se oyen los quejidos.

ENRIQUE, *despidiendo a Vicky con un gesto.* —¿Cómo se te hace?

ANEDONIO. —Tiene que ser muy cruel la cosa para que Eberto se queje.

LUISA. —¡Bobo! Vicky no hace más que miquear a Enrique. Ella dice que es el mico de Enrique.

ENRIQUE, *airado*. —¡Maldita sea, Luisa! ¿Por qué tienes que cuestionar lo que yo digo?

LUISA. —Porque esas son exageraciones. Cuando yo estaba en análisis, lloraba y me quejaba, pero era por evocaciones dolorosas, no porque mi analista fuera un sádico.

ENRIQUE. —¿Entonces Archila no es sádico?

LUISA. —Sí. Pero en un análisis, cuando se recuerdan cosas tristes o violencias sufridas—

ENRIQUE, *exaltándose*. —¡Carajo! ¿En qué país crees que vivimos? Hay que mirar las atrocidades cara cara, donde quiera que se presenten. Hay que enfrentar la sangre sin melindres, olerla, untarse. Si no, ¿cómo vamos a leer prensa? ¿Cómo vamos a salir a la calle?

*Anedonio se para de repente. Cogiéndose el estómago con las dos manos, mira a un lado y otro. Finalmente corre hacia un baño, en el fondo de la oficina.*

LUISA. —Se enfermó. Lo hiciste enfermar.

ENRIQUE. —Él ya venía enfermo de la calle. Si tiene el estómago tan delicado, que se exilie. No será ni el primero ni el último. (*Abre mucho los ojos*) ¿Qué fue ese estallido?

LUISA. —¿No te digo que se enfermó? Te pusiste a decirle esas cosas, como vive de deprimido.

ENRIQUE, *tapándose la nariz*. —Lo que está es podrido. Y esto aquí que no tiene ventilación.

*Mismo lugar. Enrique y Luisa, después de que se ha marchado Anedonio.*

ENRIQUE, *con gesto de fastidio*. —Dejó esto impregnado.



LUISA. —Ya lo sabes. Anedonio no tiene estómago para esas cosas.

ENRIQUE. —¿Y yo qué puedo hacer?

LUISA. —No torearlo. O, al menos, no torearlo aquí. No creas, el problema de Anedonio no es con la sangre. En los sesenta escribió un libro en favor de un cambio revolucionario y se lo dedicó al Che Guevara. Si se apartó de los mamertos fue porque ellos no eran suficientemente radicales, y hablaban de la burguesía nacional y todas esas tochadas.

ENRIQUE. —Sí, algo he oído al respecto. Y que estuvo en las guerrillas de Sumapaz con Ventanero. En este país pasan cosas muy raras. Una gallina y un cínico metidos de guerrilleros. ¿Quién entiende eso?

LUISA. —Bueno, ellos no fueron guerrilleros, propiamente, sino que vivieron en zona de guerrillas, aleccionando a los campesinos sobre la sociedad colombiana. En todo esto te equivocas de medio a medio, empezando por la idea que tienes de Ventanero.

ENRIQUE. —¿Ah, sí?

LUISA. —Según Anedonio, detrás de la fachada de escéptico burletero se esconde un romántico empedernido. Ha visto ‘Casablanca’ tantas veces como Gloria Zea, y cuando bebe se pone un sombrero a lo Humphrey Bogart. También él sufrió una pena de amor. Ah, y también él tuvo un café —en Medellín, con traganíquel—. Hubo un tiempo en que no podía oír ciertas canciones sin que se disparara a beber; amanecía bebiendo y oyendo música. Antes de caer dormido, llamaba al aeropuerto y reservaba cupo en el primer vuelo a la ciudad de la amada. Hasta que un día la empleada de Avianca le dijo, no bien le oyó la voz: ¿Qué hubo, señor? ¿Se emborrachó otra vez? —Tampoco es cierto que Anedonio sea una gallina. Lo que él no soporta es el sadismo.

ENRIQUE. —¿Entonces por qué sigue casado con Benigna?

LUISA. —Tuvo una infancia muy desdichada. Un día me estuvo contando y se le chocolateaban los ojos.

ENRIQUE. —Él le hace confidencias dolorosas a todo el mundo, especialmente a las mujeres.

LUISA. —Quedó traumatizado. Dice Ventanero que Anedonio no puede conocer ningún placer sin sentirse culpable. Que goza mucho —y sufre,

por tanto, horriblemente— en los grandes torneos internacionales de fútbol. Como tiene que expiar cualquier goce, se acomoda frente al televisor en un asiento sin respaldo y se azota la espalda por encima del hombro. Con especial saña cuando el deleite es muy grande, o sea cuando Colombia mete un gol.

ENRIQUE. —Afortunadamente, eso no ocurre sino de tarde en tarde.

LUISA. —No creas. El equipo hizo tantos goles en la pasada Copa América que Anedonio se iba sacando sangre. —Su padre era muy cruel con él. Una vez Anedonio le pidió para un borrador y le contestó: Si se va a equivocar de a mucho, avíseme para sacarlo de la escuela.

ENRIQUE. —Y seguro que empezó a equivocarse menos.

LUISA. —Lo encerraba en un cuarto oscuro por cualquier cosa. Que una vez Anedonio se voló para jugar un partido de fútbol—

ENRIQUE, *cortándola, irónico*. —¿Cuánto hace de eso?

LUISA. —¡Enrique! Tú sabes que el tiempo no cuenta en esas cosas. Que las impresiones infantiles se graban en el fondo de la psiquis, y que el inconsciente es eterno. ¿No es lo que dices cuando hablas de tus neurosis? Su padre lo traumatizó, y punto. ¿O es que Anedonio no es humano?

ENRIQUE. —Yo no niego que él también sea humano. Los traumas infantiles producen fijaciones. Mecanismos de repetición, como dice Freud. Seguramente, eso es lo que le pasa a Anedonio. ¿Sabías que la la mujer le casca?

#### § 4

*Costado norte del Parque de la Independencia. Plateando canas a la luz de la tarde, con una mano teniéndose el vientre un poco por debajo del corazón, baja Anedonio Santos después de salir de las Torres del Parque. Va canturreando, muy entonado: “De Puente Genil a Lucena, de Loja a Benamejí...” Se agacha, coge una larga espiga de yerba y se la*

*pone entre los labios. Ya cerca de la carrera Séptima contempla con sonrisa melancólica una carpa de lona bloqueando la puerta de la Plaza de Toros con la leyenda POR UNA OPORTUNIDAD PARA EL TALENTO NACIONAL. Un balón viene rodando desde el interior del parque, va hacia la Séptima donde puede ser aplastado por un carro. Escupiendo la espiga, Anedonio da un salto brioso y detiene el balón. Luego, con el cuerpo pisado, levanta la cabeza como el jugador que se apresta a hacer el pase. Desde el interior del parque un grupo de muchachos, con las manos en alto, dirigen hacia él sus voces.*

MUCHACHOS. —¡Tírelo, señor!

*Anedonio se concentra y patea el balón. Los muchachos celebran con gritos el bien dirigido disparo.*

*Más tarde, en una carrera Décima atestada de buses, Anedonio hace señas a una buseta de servicio público, que empieza a orillarse. Dos niñas de la calle se le acercan por detrás y lo tocan. Anedonio deja escapar un grito y se vuelve. Las niñas, con las manos extendidas en demanda de una limosna, contienen a duras penas la risa.*

ANEDONIO, vocífera como un energúmeno. —¡Carajo! ¡Por qué lo tienen que tocar uno!

*Las niñas se alejan correteando y riendo, divertidísimas.*

*Barrio La Esmeralda, de casas adosadas, al occidente de la ciudad. Casa de dos plantas, frente a los edificios del Centro Administrativo Nacional. Al lado del portón de la casa, una placa metálica dorada: VILLA BENIGNA. Entra Anedonio y sube directamente a la planta alta. En un saloncito al lado de la escalera, una mujer plancha ropa.*

ANEDONIO. —Dígame, Moya. ¿La señora?

MOYA. —Ya se fue, doctor.

ANEDONIO, amargo. —Sí, ella siempre tiene que bajar a tierra caliente. Que si no sale de weekend se neurotiza.

MOYA. —Los Castaño la invitaron a Melgar. Pasaron a recogerla.

ANEDONIO. —Ellos la invitan al sitio, no con la cuenta.

MOYA. —¿Cómo dice, doctor?

ANEDONIO. —Nada. ¿Ya va a acabar?

MOYA. —Todavía me falta planchar unos trapitos. ¿Quiere que le prepare algo?

ANEDONIO, *patético*. —Todo, todo me cae mal. Me voy a meter a la cama y no me voy a levantar hasta el lunes.

MOYA. —¿Así está de malito? ¿Y aquí solo? ¿Quiere que venga mañana y le prepare algo?

ANEDONIO. —No, Moya. Gracias, Moya. No hay de qué preocuparse. Simplemente, la señora se fue de veraneo, y el señor, que anda con churrias, va a hibernar. (*Va hacia su alcoba*) Adiós, Moya.

*Alcoba de Anedonio, una extensión de la casa construida sobre el garaje. Contra la pared, frente a la puerta, una especie de diván que hace de cama, con grandes cajones a lo largo de un costado. Una mesa de noche con una lámpara encendida. Un escritorio cerca de la ventana con una vieja Remington negra, de teclas metálicas muy altas. También, sobre el escritorio, unos libros y una escultura en madera de don Quijote, con el brazo de la lanza partido y pegado toscamente. Anedonio, en pijama, se aproxima a la ventana y contempla, más allá de una amplia zona verde entre dos calzadas, los últimos empleados dispersos que salen del Cetro Administrativo. Corre las cortinas, va al diván, se sienta. Toma una, dos pastillas, sirviéndose agua de una jarra. La luz rojiza que se cuele por las cortinas forma sobre las paredes del cuarto parches mortecinos. Anedonio se tiende en el diván, apaga la lámpara. Un silencio. Después, llora con sollozos entrecortados, largamente. ♡*

